

Viernes XXII del TO
Ciclo B



6 de septiembre de 2024

1Cor 4, 1-5

Sal 36

Lc 5, 33-39

P. Eduardo Suanzes, msp

Situémonos en contexto. Tras la explicitación o explicación plástica (exorcismos, sanaciones) de la metáfora de «pescar hombres», explicitación, a su vez, de la metáfora «cercanía-presencia del reino de Dios» que vimos ayer, el relato de Lucas continúa con la curación de un leproso, un paralítico y el paradójico llamamiento de un pecador para ser discípulo: Elí, el publicano: es decir, más expresiones plásticas del «pescar hombres», de la «presencia del reino de Dios». Inmediatamente después continúa con la aparición de otra metáfora, no en forma de palabras, sino de acontecimiento: la comida con publicanos y pecadores. Estos son los eventos que existen entre lo que vimos ayer y el texto del evangelio de hoy. No perdamos el hilo.

Las comidas de Jesús con publicanos y pecadores son un hecho histórico que en el evangelio se convierten, además, en una metáfora: la presencia-cercanía del reinar de Dios, del amor de Dios que fluye de Jesús, hace confluir hacia él a los pecadores de todo tipo. Los excluidos se sientan con él en una misma mesa festiva. En esa mesa no hay categorías, ni rangos de precedencia ni de honor, y en ella caben todos los que no cabían antes en la supuesta mesa de Dios reservada solo para los «justos». La metáfora de la comida de Jesús con estos pecadores, con esta «gentuza», es terrible y revolucionaria: rompe con todas las normas de honor y vergüenza que dominaban el actuar cotidiano de aquella sociedad y, por supuesto, rompe con un concepto de exclusividad jamás antes pensado. En esa mesa inclusiva e igualitaria se rompen todos los esquemas. Efectivamente *«nunca se había visto cosa semejante»*.

El tono de fiesta aumenta en proporción a como aumentan las críticas de los escribas, que ahora se dirigen directamente a Jesús para criticarle indirectamente porque sus discípulos no ayunan. La respuesta de Jesús remite al tiempo y al lugar de la boda. De nuevo la metáfora: el novio está con ellos, ¿cómo van a pensar en ayunar? El novio es figura de Dios, que corteja y desposa a su pueblo, Israel. Jesús, el que está lleno del Espíritu de Dios, es aquí el novio presente. Es una imagen plástica del acercamiento del reinar de Dios. No es tiempo de llanto, ni de ayunos, sino de boda y de fiesta. Que se lo pregunten a los sanados de los relatos anteriores, siempre postrados y ahora en pie; que se lo pregunten a los pecadores de la escena anterior de la comida, siempre excluidos y ahora acogidos en amor. El amor de Dios está presente, no lejos, aquí y ahora. Por eso, ahora no hay lugar para el ayuno.

¿Cuál es la opinión corriente sobre Dios que subyace a este modo de reaccionar de los escribas —se preguntaba el cardenal Carlo María Martini— y que persiste en muchos cristianos de hoy día? Pues la idea de un Dios defensor del orden y de la ley, guardián celoso de la justicia, con el que no cuadra la idea de andar corriendo detrás de quienes se ponen

fuera de la ley y de la justicia, de las personas insignificantes que se apartan del camino regio; un Dios al que le importa ante todo la observancia y le desagrade especialmente la transgresión.... Esta la idea de un Dios Padre ofendido por las ingratitudes de sus hijos y, por tanto, irritado por esa ingratitud, revuelto, preocupado; un Dios al que hay que aplacar constantemente por tanta ingratitud de la que es objeto. Esta es la mentalidad deformada que precisamente Jesús quiere hacer desaparecer¹.

Por eso es que hay, además, otro contraste rompedor. A estos pecadores nada se les ha pedido para que puedan sentarse en la mesa del amor presente de Dios: ni que confesaran sus pecados (¡Madre mía, cómo puede ser!, pensaremos algunos) ni que se bautizaran (¡por Dios!), ni que ofrecieran sacrificios en el templo y ayunaran para congraciarse con Dios. El amor no pide nada, sólo se manifiesta como amor; «—¿es que no lo ven?», parece preguntar el evangelista. Pues no. Los supuestos hombres de Dios no ven a Jesús como novio, como la presencia del Espíritu de Dios; no veían el amor que destilaba esa mesa repleta de comensales que comparten fraternalmente; no ven ahora la paz de los discípulos y de Jesús que no se sienten culpabilizados ni lejos de Dios, y, por ello, no necesitan ayunar para congraciarse con él, pues su gracia-amor es/está en ellos ya. Cuando ese sentirse en-Dios se pierda en ellos, entonces quizás sea momento de ayunar, pero no ahora.

Y Jesús añade una enseñanza que da con el *quid* de la cuestión: no se cose un paño nuevo en un vestido viejo; no se echa vino nuevo en odres viejos. Estas dos parábolas o metáforas vienen a decir que hay que cambiar radicalmente de mentalidad («convíertanse) para poder «ver» la nueva realidad.

Con la irrupción del reinado de Dios todos los viejos esquemas quedan atrás («*el tiempo se ha cumplido*»), y no pueden conciliarse con la nueva situación. En esta situación del reino, donde el Espíritu del amor de Dios fluye y es, no caben ya los «méritos», los «derechos», la exclusividad religiosa o nacional, la noción de pecado separador de Dios, los ritos de expiación, los sacrificios y ofrendas... La «*buena noticia*» es que el amor de Dios, ese Espíritu que fluye de Jesús, lo ha impregnado ya todo, y, como un río desbordado, se ha llevado todos los constructos mentales que pretendían definir a Dios y su voluntad.

Dios es más grande que todo constructo. Su amor es omni-abarcante y nadie queda excluido de él, por más que nos empeñemos nosotros en establecer separaciones entre justos y pecadores, entre los que están cerca y los que están lejos. Mirar la nueva realidad desde la vieja óptica del Dios «pensado» de esa determinada manera, tan teñida de criterios humanos restrictivos y excluyentes, impide ver la nueva realidad inundada de un amor que se da sin pedir-exigir nada. ¡Nos cuesta tanto!...

El vino nuevo rompe los odres viejos. Todo esto se ampliará en múltiples escenas-enseñanzas a lo largo de todo el evangelio. Ahora, al comienzo, se proclama como una clave de comprensión de todo lo que vendrá después.

¹ Cfr. CARLO MARÍA MARTINI. *El itinerario del discípulo, a la luz del Evangelio de Lucas*. Ed. Sal Terrae. Bilbao, 1997